

MINISTERIO DE CULTURA

Instituto de la Juventud

JUNIO 1987

MEDIO AMBIENTE  
Y JUVENTUD



AÑO EUROPEO DEL  
MEDIO AMBIENTE

Revista de estudios

DE **J**UVENTUD

**DIRECTOR:**  
Josep M.<sup>a</sup> Riera i Mercader

**SUBDIRECTOR:**  
Julio Camacho Muñoz

**CONSEJO DE REDACCION:**  
Antonio Benito Cazorla  
Angel Casado Marcos de León  
Jorge Díez Acón  
Francisco Fernández Díez  
Francisco García-Pliego Campillos  
Mercedes Ledesma Poza  
José Muñoz Ripoll  
Enrique del Río Martín  
Juan Sáez Marín  
Jordi William Carnes

**SECRETARIO:**  
Modesto Ruiz de Castroviejo Serrano

Edita: Instituto de la Juventud

Diseño: Alcorta y Marquínez

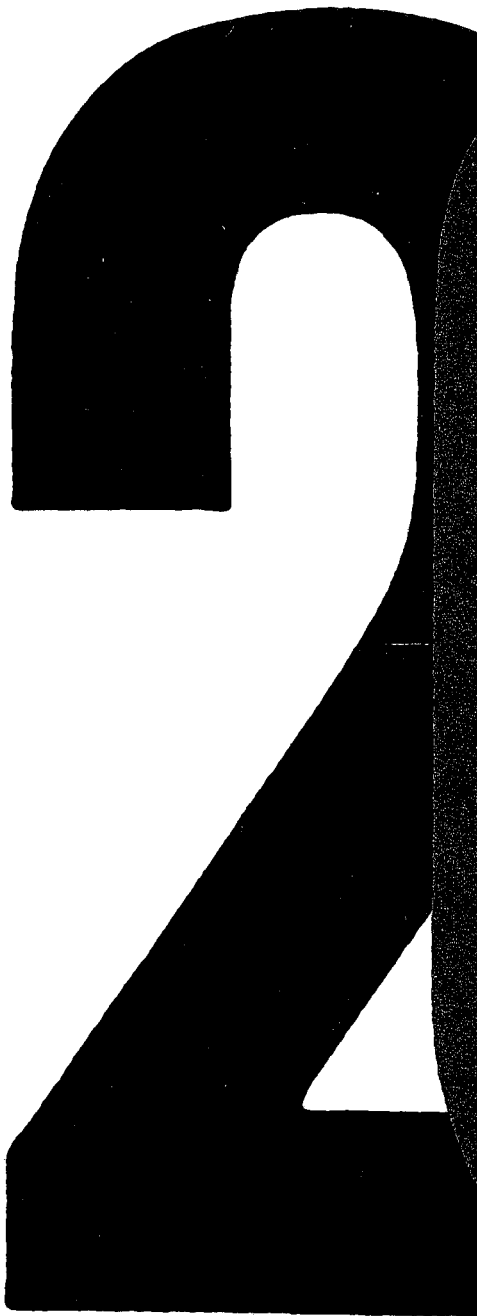
Ilustraciones: Raúl

Distribución: Siglo XXI  
C/ Plaza, 5. Tel. 759 48 09  
28043 Madrid

Suscripción: Instituto de la Juventud  
Sección de Publicaciones  
C/ José Ortega y Gasset, 7  
Tel. 401 13 00  
28006 Madrid

El Instituto de la Juventud  
no se hace responsable de las  
opiniones expresadas en la  
Revista, correspondiendo la  
responsabilidad de las mismas,  
exclusivamente, a sus autores.

I.S.S.M.: 0211 4364  
Dep. Legal: M. 41.850-1980  
NIPO:306-87-006-6  
Impresión: A.G.GRUPO, S.A.



## SUMARIO

### Introducción:

Stanley Clinton Davis .....

### 1. El Tema .....

*El medio ambiente en los Organismos Internacionales.* Susana Calvo Roy .....

*La política municipal y el medio ambiente.* Jorge Tinas Gálvez .....

*La conservación de la naturaleza en España.* Rafael Marqués Martínez de Orense .....

*Diez años después de Tbilisi.* Antonio Novás García .....

*Evolución del movimiento asociativo de defensa de la naturaleza en España.* Benigno Varillas Suárez .....

*Medio ambiente y ocio.* José Luis Fernández Rioja .....

### 2. Análisis y debates .....

*Alojamiento para gente joven.* Luis Miguel Suárez-Inclán .....

*Por una sociedad sin dependencia.* Jesús María Montero .....

*El lenguaje pasota, espejo de una generación.* Félix Rodríguez González .....

*La publicidad como instrumento de socialización para el adolescente.* Francisco Yago Luján. César Lucía Martín .....

*Información y demanda informativa de los jóvenes españoles.* Miguel Roig .....

### 3. Documentos .....

*Cabueñes 1987, Encuentros Internacionales de Juventud* .....

*Resolución del Consejo de las Comunidades Europeas relativa al Año Europeo del Medio Ambiente 1987* .....

Anexo:

*Programa de Acción para el «Año Europeo del Medio Ambiente»* .....

*La tierra para el blanco parece una enemiga, no una hermana.* (Profecía del jefe Seathl) .....

*Directorio de Entidades y Grupos Ecologistas* .....

### 4. Bibliografía sobre medio ambiente ...

# El lenguaje pasota, espejo de una generación

En los años setenta asistimos a un hecho curioso y singular en la vida del lenguaje. Se produjo el nacimiento de una jerga juvenil, lo que se ha dado en llamar *cheli*, *pasota* o *lenguaje del rollo*, que alcanzó a finales de la década una enorme difusión. En cuestión de unos años, palabras tan queridas y expresivas de los pasotas como *rollo*, *muerdo*, *carroza*, *mola* o *basca* dejarían de formar parte de una jerga incomprensible para convertirse en muletillas inevitables en cualquier conversación. La materia prima de este lenguaje es de procedencia variada. El «cheli» bebe del argot del hampa y del mundo de la droga, castellaniza palabras procedentes del inglés y del caló y resucita acepciones olvidadas del castellano antiguo. Aunque constituido básicamente a partir de elementos castizos y marginales, y en esto no se diferencia del lenguaje popular, el «pasota» nace con una voluntad contracultural que le convierte en seña de identidad y expresión de toda una generación, trabajadora o estudiantil, marcada por la crisis y el desencanto.

El lenguaje del rollo o *Rrollo*, como prefieren escribir algunos de los partidarios al referirse a la contracultura desarrollada a lo largo de los setenta, tiene su propio manifiesto fundacional: el histórico documento se titulaba «Manifiesto de lo borde», y vio la luz en Sevilla en 1969; lo firmaba el grupo rockero *Smash*, junto con su promotor, Gonzalo García Pelayo, que posteriormente se distinguiría por un nuevo modo de hacer radio y televisión en programas como «Mundo Pop» y emisiones en FM. El lenguaje «pasota» nació a caballo entre Barcelona y Sevilla, pero también tendría que pasar por Madrid para consagrarse como fenómeno social.

El término *cheli*, que en sus orígenes era un tratamiento afectivo utilizado en los ambientes marginales de Madrid, pasó a designar al «pasota» madrileño y a su jerga, y finalmente a la de todos los «pasotas», sin que haya faltado quien lo considere sinónimo de

lenguaje coloquial, una prueba irrefutable del arrastre de este argot. El nombre pronto hizo fortuna de la mano del cantante rockero Ramoncín, el escritor Francisco Umbral y el filólogo y académico F. Lázaro Carreter, y tal vez haya sido este privilegiado padrinzago, unido a la propia etimología del término, lo que ha llevado a pensar en unos orígenes madrileños. De cualquier forma, Madrid puede considerarse, si no el primero, sí el principal centro difusor.

Entre los factores que contribuyeron a la difusión de este lenguaje están las propias actividades y productos culturales creados por la cultura del Rollo: emisiones de radio en frecuencia modulada, exposiciones y reuniones en bares «enrollados», conciertos de rok, etc, todo lo cual pondría en estrecho contacto a los integrantes de las diversas subculturas o movimientos juveniles que, por desenvolverse en el seno de las grandes ciudades, han recibido la denominación de «tribus urbanas». Semejante papel cumplirían, en el plano de la escritura, toda una legión de fanzines como los que en la primera hora constituyeron la llamada Prensa Marginal Madrileña, o *Premamá* (con nombres tan sugestivos como *Catacumba*, *Alucinio*, *Bazofia*, etcétera), así como revistas de considerable tirada entre la juventud marginal e intelectual de los setenta (*Star*, *Sal Común*, *Ajoblanco*, *Ozono*). Desaparecidas éstas en los ochenta, se abren paso revistas de nuevo cuño, entre las que cabe destacar, una vez más, las surgidas al calor de los movimientos madrileños —a los que se ha dado el nombre de «movida»—, como *La Luna de Madrid*, *Madrid Me Mata*, *Gratix*, etcétera. Poco antes, en 1983, se produce también la llegada de los cómics «underground» del tipo *El Vibora*, *Rambla*, *Makoki*, que tienen una inesperada acogida y que, por su contenido marcadamente barriobajero, serán proclives a un lenguaje degradado en la expresión, en el que no faltan palabras típicas del «pasota» y del lenguaje de la calle.

Pero la propagación más importante que explica la pronta asimilación de las jergas juveniles por otras capas de la sociedad necesitaría de otros agentes transmisores situados plenamente dentro de la cultura oficial, y cuyos efectos rebasan el ámbito marginal que las vio nacer. En este sentido merece destacarse el apoyo prestado desde un principio por la literatura del humor, de la que son una buena muestra la revista *Hermano Lobo* y las viñetas de Forges, sin olvidar escritores como Umbral, que con un afán estético ha venido empleando profusamente latiguillos «chelis» en sus habituales columnas periodísticas de *El País*. Pero esto no sólo ocurre con el estilo ameno. El argot salpica igualmente el mismo estilo «informativo» de los periódicos y revistas de información general, ya que el cronista que relata los actos de violencia cotidiana se ve impulsado a utilizar voces de la jerga de los delincuentes y de los drogadictos si quiere describir con precisión y vivacidad su idiosincrasia y entorno. Y son muchos los sucesos que tienen que ver con el robo y la violencia en una época azotada por la crisis y el desempleo, siendo además palpable el interés por el joven que delinque o se droga, al que la sociedad con frecuencia toma como chivo expiatorio de los males que le afligen para así salvar su conciencia y desviar la atención de los verdaderos problemas.

Una prueba de este interés nos la ofrece la novela contemporánea de signo realista, donde también se ha instalado la jerga con el mejor de los recibimientos. *La otra orilla de la droga*, de José Luis de Tomás García, galardonada con el Premio Nadal 1984, y ya en su quinta edición, tal vez sea el mejor retrato sociológico y lingüístico de la juventud marginada de nuestra época. Aunque en menor proporción, también es el «cheli» y el lenguaje familiar de los jóvenes uno de los recursos empleados por Alonso Zamora Vicente, Premio Nacional de Literatura en 1980 y académico de la Lengua, para definir el entorno y los personajes de *Mesa, sobremesa*, en

este caso perteneciente a la clase media madrileña. Un ejemplo menor, pero no menos significativo, es *Passa, pibe*, de Ubaldo Casanova Gestalí, distinguido con el segundo premio en el Concurso de Cuentos «Gabriel Miró» (Alicante, 1983), y en cuya narración el lenguaje «pasota» es, a todas luces, el motivo principal.

El mismo impulso, y por idénticas razones, le llegaría del cine, en su modalidad costumbrista y de crítica social, que ha llevado a algunos directores a representar en sus filmes escenas de delincuencia y marginación en las que se resalta el modo de hablar de sus jóvenes protagonistas como algo inseparable de sus vidas. Películas como *Navajeros*, de Eloy de la Iglesia, *Opera Prima*, de Fernando Trueba, *Deprisa, deprisa*, de Carlos Saura, son ejemplos de un cine diferente que nace de la palabra, al que le sirve de soporte una jerga extraída directamente de los ambientes suburbanos y delincuentes, género éste al que, con ribetes más lúdicos, luego se ha dedicado por entero Pedro Almodóvar, un joven cineasta salido de la «movida» madrileña.

Pero el cine, y más este tipo de cine, es un fenómeno ocasional, si bien coincidió con el «cheli» en su momento de esplendor. Mayores repercusiones idiomáticas han tenido la radio y la televisión, cuya acción combinada supuso el espaldarazo definitivo. Gracias a los programas coloquiales de estos dos medios de comunicación, la jerga ha llegado a todos los rincones del país, siendo asimilada también por las clases populares y, por tanto, por un público que sobrepasa en número al de los lectores de los periódicos de mayor tirada. Por esta vía, el lenguaje transmitido consigue unos efectos instantáneos y simultáneos, y equivale, además, a un coloquio real que no pasa por el tamiz de la prensa escrita. Se da con ello un proceso de ósmosis continua, pues si, por un lado, estos medios audiovisuales hacen de espejo donde se refleja la vida y el lenguaje

especial de un pequeño grupo social, por otro, bajo sus poderosos efectos, la jerga sale de su *gueto* marginal, difundiéndose amplia y rápidamente, proceso que culmina en un enriquecimiento y uniformización del argot general y constituye un fenómeno inédito en la historia de la lengua.

La materia prima del argot general procede principalmente de las jergas juveniles, pues son ellas las que gozan de mayor dinamismo y de una mayor audiencia. No olvidemos que este trasvase de voces del argot juvenil al habla popular se ha producido en una época en la que la juventud está de moda y a diario se convierte en noticia en unos medios de comunicación dispuestos a proyectar su imagen; al contrario que en tiempos pasados, hoy son los mayores los que imitan a los jóvenes en sus maneras, modales e indumentaria, incluido el ropaje lingüístico. El lenguaje se convierte así en un instrumento más al servicio de una apariencia, de un *look* juvenil.

La importancia de lo joven en la sociedad explica el que la jerga sea un recurso tan explotado por la publicidad, siempre atenta a servirse de cuanto haga de reclamo. No son pocas las palabras con un acusado sello juvenil, como *tío*, *alucine*, *al loro*, *montárselo*, *guay*, *movida*, a las que hoy se acude para esmaltar los mensajes y eslóganes de carteles, vallas y anuncios de radio y televisión.

Pese a este trato de favor en los medios de comunicación y a su incorporación al habla común, el lenguaje «pasota», y por extensión el lenguaje marginal, ha suscitado fuertes críticas entre los puristas a la hora de enjuiciarlo. Al lenguaje «pasota» se le ha achacado todo lo imaginable: vocabulario reducido, falta de creatividad léxica, pobreza expresiva, corrupción del idioma, etc. Sin negarlo abiertamente, la crítica me parece desmesurada, desenfocada y peligrosa por su simplificación; comprensible desde el ángulo de la cultura dominante, pero nunca

justificable desde el rigor de la pura descripción lingüística.

A nadie se le oculta, en primer lugar, lo reducido del vocabulario específicamente «cheli»; pero esto no es decir gran cosa, estamos no ante una lengua, sino una variedad social de la lengua o *sociolecto*, también llamada «jerga» o «argot», ¿y qué argot no es simple si se le compara con el caudal entero de la propia lengua? El vocabulario es reducido por definición, es una de las propiedades de todo *antilinguaje*; expresa una (sub)cultura que está *sumergida* dentro de otra cultura de la cual hereda su armazón sintáctico, sin apenas alteraciones, y la mayor parte de su inventario léxico, sólo a excepción de aquellas unidades que connotan un sistema de valores distintos. Y es precisamente esta connotación social, de grupo marginal que rechaza la cultura oficial y hegemónica, lo que ha debido remover y excitar la sensibilidad del crítico.

Al «pasota» le anima una intención contracultural, rechaza el sistema y para subvertirlo redefine el universo lingüístico establecido desfigurando sus códigos, lo que, para Barthes, es la mejor de las subversiones. En el nivel léxico, esta voluntad transgresora se manifiesta de dos maneras: bien deformando el significante, por mutilación o alteración de su morfología (*cubata*, por cubalibre; *negrata*, por negro), bien estableciendo una nueva relación entre significante y significado (*guapo*, por bueno, interesante; *rama*, *perejil*, por marihuana), lo cual se traduce en una enorme polisemia que depara «ruidos» al acto de comunicación, especialmente al receptor adulto o extraño al grupo cuya confusión se pretende.

Pero no sólo se trata de un lenguaje cifrado, en clave, un medio de autodefensa de un grupo; también sirve para darle cohesión. Sus unidades más características destacan por el énfasis en lo connotativo y forman un sistema que, como ha observado Carlos Barral, parece inventado no tanto para comunicar,

para transmitir informaciones concretas, como para afirmar la presencia y la compañía y dar escueta noticia del talante en que se está. Es un código elemental, «restringido», caracterizado por su simplicidad, tanto en el vocabulario, que se presenta muy estereotipado, a base de frases hechas, como en lo que atañe al mismo significado del discurso, que se manifiesta de un modo explícito, impreciso y elíptico; de ahí la importancia que adquieren a veces los elementos paralingüísticos y cinésicos que actúan de refuerzo. Se concede una primacía al significante en detrimento del significado, se hace profesión de fe macluhiana al cumplirse con fidelidad el aforismo «el medio es el mensaje», puesto que lo que importa muchas veces, más que comunicar unos contenidos —el fin de la comunicación—, es hacer uso de un lenguaje argotizado y expresivo —la comunicación como medio—, a modo de signo emblemático de esa identidad y solidaridad grupal.

El carácter elemental de este código ha llevado a subrayar la pobreza expresiva del lenguaje «pasota», afirmación que requiere algunas matizaciones. En primer lugar, hay que considerar que, en tanto que argot, el «cheli» constituye un registro adaptado a una situación comunicativa muy concreta, que requiere un estilo de habla muy informal y a un destinatario muy especial, el «pasota», dotado de una filosofía de vida muy peculiar. Y no hay que olvidar que el lenguaje es necesario como vehículo de una cultura, y como tal es adecuado, lo mismo que su código. A pesar de que muchos educadores han interpretado el «código elaborado» como una forma superior de la lengua, un código no es superior a otro, como el mismo Bernstein ha señalado en sus últimos escritos, aunque resulte paradójico en cierto modo a la vista de las desventajas educativas del «código restringido».

La simplicidad que caracteriza al «pasota», su visión simple y primaria de las cosas, a veces remarcada

notablemente con cierta pose, es algo inherente a su filosofía, que desdeña de lo sofisticado de la vida adulta. Diríase casi que sobran las palabras y el pensamiento elaborado; al decir de algunos «pasotas», pensar es «comerse el coco», algo alienante de lo que hay que huir. Pero, como puede imaginarse, a la postre, este planteamiento se revela extremo y utópico, pues en nada ayuda a la ineludible comunicación cotidiana. Así parece haberlo comprendido la abogada laboralista Cristina Almeida, quien no hace mucho tiempo, en un debate televisivo dentro del programa «La Clave», relataba cómo a su despacho acudían «pasotas» que mostraban verdaderos problemas de comunicación, incapaces de articular un pensamiento coherentemente.

Ahora bien, la tal ineptitud para la comunicación hay que verla no sólo a la luz de estos condicionamientos ideológicos y culturales, sino también como producto de una clase, dada la extracción social baja de la mayoría de los núcleos «pasotas». De otra parte, esta carencia de fluidez verbal en el «pasota» se inscribe en un contexto cultural dominado por las comunicaciones de masas de tipo audiovisual, cuyas condiciones son muy poco aptas para el desarrollo de las destrezas comunicativas, especialmente entre los jóvenes, que son sin duda los grandes consumidores de la cultura audiovisual. Cada vez se emplea más tiempo del dedicado al ocio en mirar y escuchar, y menos en leer, hablar y discutir. Esto es algo que vienen apuntando constantemente los sociólogos. Pero también los profesores y los teóricos de la educación vienen hablando mucho del llamado fracaso escolar, en parte atribuido a unos índices de desverbalización presumiblemente altos, que hacen que el alumno se muestre incapaz de expresarse con un mínimo de coherencia lógica. A esta paulatina depauperación de los recursos expresivos tampoco se sustraen los profesionales de la palabra, las clases «cultiparlantes»

(periodistas, políticos, etc.), en irónica expresión del sociólogo Amando de Miguel, que recientemente nos ha legado un diagnóstico de su habla. Se trata de un discurso amplificado y abundante en clichés o frases hechas, y sobre cuyo abuso ya nos aleccionó George Orwell en su famosa novela «1984» y en su ensayo «~~The~~ Politics and the English Language».

Retornando al argot «pasota» y marginal, quiero subrayar, una vez más, que, a pesar de su economía expresiva y la escasa fluidez de sus hablantes, dicho lenguaje se ha erigido en fuente de creación lingüística, que ha contribuido a dinamizar el habla coloquial de todos, sin distinción de edades. ¿Quién no ha utilizado o no recuerda haber oído alguna vez palabras tan características del «pasota» como *movida*, *muerdo*, *alucinar*, extraídas del léxico de la droga, u otras como *bocata* (bocadillo), *tacos* (años), *kilo* (millón de pesetas)? Por supuesto que, en tanto que argot y frente al caudal de la lengua en su conjunto, se trata de un vocabulario reducido, como ya dije antes, pero no hasta el extremo de decir que consiste sólo en «media docena de palabras» o «no más de cincuenta», afirmaciones que, mucho me temo, ocultan una intención descalificadora.

Verdad es que buena parte de las palabras «pasotas» están tomadas del habla marginal de los más variopintos grupos, e incluso del inglés, pero aun así el argot «pasota» ofrece novedades léxicas y una rica imaginaria que algunos han calificado de poética, especialmente en el léxico de la droga. Si con esas expresiones, tomadas en su sentido literal y sin valor retórico, los observadores se refieren a nuevas raíces, no se equivocan, pues en el estado de la lengua actual es muy difícil pensar en voces creadas *ex nihilo*. Si, como espero, se refieren a nuevos artículos del diccionario, tomando como tales muchos de los derivados, y considerando además la revitalización de arcaísmos y las nuevas relaciones que se establecen entre significante y significado, tal y



como se entiende en la lexicografía al uso, bastaría una ojeada a unas cuantas familias léxicas [por ejemplo: *pasar, pasota, pasote, pasada, flipar(se), flipado, flipante, flipe*] para convencerse de lo contrario.

Hay que reconocer que los esfuerzos que ha de hacer el lexicógrafo en este campo de estudio resultan más que redoblados, debido a la dispersión de fuentes escritas y a los copiosos datos de procedencia oral que se suceden ininterrumpidamente, con significados muchas veces imprecisos, y que por lo general tienen una vida efímera; ello explica, en parte, el tradicional desinterés por el registro del argot. En los últimos años, sin embargo, la eclosión y difusión de voces «pasotas» y del «caliente» (o lenguaje de la delincuencia) ha propiciado la publicación de diversos diccionarios de esta índole, entre ellos el *Diccionario de expresiones malsonantes del español*, de Jaime Martín (1974); *Diccionario de argot*, de Jaime Villarín (1979); *Diccionario de argot español*, de Víctor León (1980), y *Diccionario de argot*, de Juan Manuel Oliver (1985).

A pesar de su considerable documentación sobre léxico «pasota» —sólo en el breve diccionario de Víctor León se identifican alrededor de un centenar de términos «pasotas»—, muchas veces se quedan a medio camino, pues no hay que olvidar que en principio pretenden ser diccionarios de argot general. Los diccionarios específicamente «pasotas», como el *Diccionario del pasota*, de Yale y J. Sordo (1979), y *Diccionario cheli*, de Francisco Umbral (1983), únicamente registran las palabras más típicas, ya que se han hecho con criterios periodísticos y literarios, no estrictamente lexicográficos, y además a toda prisa, aprovechando la oportunidad del momento. En estas circunstancias nada tiene de extraño, pues, que el polifacético cantante Ramoncín, uno de los ídolos del movimiento «pasota», se propusiera hacer un gran diccionario «cheli», si hemos de creer a Umbral.

De consumarse esta obra, subrayaría el lamentable estado en que se encuentra la lexicografía del argot y, por extensión, del habla coloquial. Con esto no pretendo restar interés a las cuatro obras de argot general mencionadas; antes al contrario, hemos de felicitarnos, pues con ellas se ha puesto fin a un estado de abandono total de estos estudios. Como puede comprobarse fácilmente a nada que se bucee en la historia, desde finales del siglo pasado o principios del presente, en que se escribiera *El delincuente español. El lenguaje*, de Rafael Salillas (1896), y *Diccionario de argot español*, de Luis Besses (1905), hay una extensa laguna en cuanto a registro de voces jergales, si exceptuamos algunos casos aislados y muy específicos, como es el habla de las trincheras en la zona franquista, relatado por el periodista Rafael García Serrano (*Diccionario para un macuto*, 1964), y un vocabulario del caló delincuente compilado por el comisario de policía Pedro Serrano García (*Vocabulario ilustrado del caló delincuente*, 1945).

También resultó novedoso, esperanzador y digno de encomio el hecho de que, frente al escolasticismo y acendrado purismo de que da prueba el diccionario usual de la Academia, uno de los diccionarios publicados por la docta corporación, el *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, haciendo gala de un talante más flexible y liberal ante el neologismo, haya dado entrada a voces de argot juvenil tan características como  *cubata, currante, tío, tronco, camello, colocarse, pico, drogata, kilo, taco*, etc., incorporadas hoy al habla popular. Pero se echa de menos un registro puntual y periódico del habla de todos los días, así como de los neologismos que a diario aparecen, una labor que cuenta en otros países con notables precedentes. Cualquier aficionado o especialista en este campo sentirá una sana envidia al encontrarse con revistas como la alemana  *Lebende Sprachen*, la francesa  *La banque des mots* o la americana  *American Speech*, en

especial una sección de esta última, que lleva el significativo título «Among the new words», y en la que se anotan y clasifican sistemáticamente todo tipo de creaciones léxicas con su concordancia y cronología. Con esto, la tarea del lexicógrafo se vería, sin duda, facilitada y, lo que es más

importante, no se perderían voces que, por marginales que parezcan, pertenecen al acervo común y son parte de nuestra cultura. La idea bien merecería una reflexión por parte de nuestros académicos y lingüistas y por cuantas autoridades e instituciones pudieran auspiciarla.